

SALIVA EN SANTANDER

El pasado viernes la luna miraba fijamente a los ojos de los edificios del paseo marítimo de Santander, y yo deambulaba entre la negritud del mar y una hilera de prostitutas negras. Hacía mucho frío y ellas se agitaban, no por obscenidad, sino para no morir de hipotermia. Una de ellas, muy hermosa, como una princesa negra, se me acercó sonriendo y me dijo, a través de una nube de vaho: “¿Una chupadita?” Yo miré sus ojos caribeños, astillados de frío cantábrico, y contesté, también sonriendo: “No, gracias, guapa. Otro día a lo mejor...” Pero casi no pude acabar mis palabras, porque una señora mayor, muy elegante, casi aristocrática, que venía de frente por el paseo, las mordió exclamando: “¡Qué asco! Por Dios bendito. ¡Qué gentuza! Y a usted, señor, ¿no le da vergüenza?”

Quise alegar en mi defensa y en la de aquella princesa negra, pero la señora me golpeó la cara con sus ojos, los mismos que treinta años antes, en el mismo sitio, con la misma luna llena, también un viernes, observaban la boca de su novio, preguntándose a qué sabría su saliva. Un mes después, frente a la playa de Comillas, aquel hombre le pidió el matrimonio, y ella aceptó, faltaría más, porque aquel muchacho era miembro de una poderosa familia de navieros de Santander, y hasta se había retratado dando la mano al Caudillo. La noche de bodas ella comprobó aterrorizada que la saliva de aquel hombre al que nunca pudo amar olía a tristeza, a enfermedad, a sueños rancios. Pero aguantó aquel líquido en su piel y en su boca durante treinta años, y a cambio consiguió ser una gran dama, con los dedos de las manos siempre asintóticos entre sortijones cuajados de pedruscos.

La señora huyó de nosotros masticando su indignación –“¡Qué asco de gentuza hay hoy día en Santander!- dejando un olor como a saliva de muerto en aquel paseo marítimo, y la princesa negra y yo nos miramos otra vez a los ojos, sonriendo, mientras la luna ensalivaba la ciudad entera.